

## CIENCIA Y RELIGIÓN EN EL SIGLO XXI: ¿DIÁLOGO O CONFRONTACIÓN?

Moisés Pérez Marcos  
*Instituto Superior de Filosofía*

*Resumen: Noticia sobre el Simposio Internacional Ciencia y Religión en el siglo XXI: ¿diálogo o confrontación?, celebrado los días 10 y 11 de noviembre en Madrid, en la sede de la Fundación Ramón Areces, organizado por dicha fundación, la Universidad de Alcalá y The Faraday Institute for Science and Religion de Cambridge.*

*Palabras clave: ciencia, religión, creación, evolución, valores.*

*Abstract: Report on the International Symposium Science and Religion in the Twenty-first Century: dialogue or confrontation?, held on November, 10<sup>th</sup>, 11<sup>th</sup>, 2011 in Madrid, at the Fundación Ramón Areces, organized by the Foundation, the University of Alcalá, and the Faraday Institute for Science and Religion (Cambridge).*

*Keywords: science, religion, creation, evolution, values.*

Alfred N. Whitehead dijo, ya en 1925, que Ciencia y Religión eran “las dos fuerzas generales más fuertes que influyen al hombre”. El matemático y filósofo inglés era consciente de que “no es una exageración decir que el curso futuro de la historia depende de la decisión de esta generación sobre la relación entre ambas”<sup>1</sup>. La reflexión de Whitehead sigue siendo actual. De ahí la importancia que tiene pensar en la relación entre ciencia y religión.

Si me detengo en una breve justificación de este campo del saber que intenta dilucidar las relaciones entre ciencia y religión (campo del saber que experimenta un auge quizá nunca antes conocido) es porque parece que en el ambiente académico español estos temas gozan de cierto descrédito (hay también excepciones a esta afirmación). ¿Se debe este descrédito a que en España, desgraciadamente, aún nos cuesta eso de ser pioneros y tenemos que

<sup>1</sup> Alfred N. WHITEHEAD, *Science and the Modern World*, New York, The Free Press, 1925.

estar siempre a la cola? ¿Se debe ese descrédito a un cierto recelo que existe en nuestro país frente a todo lo que suene a religión, a cura, a sacristía? ¿Es que tal vez ya sabemos qué debemos pensar sobre el asunto? ¿Es que estamos dispensados de una tal reflexión?

Estamos muy acostumbrados a cierto tipo de literatura que desacredita la religión en base a argumentos científicos. El positivismo más rancio y ya trasnochado vaticinó que la “era mítica” de la humanidad sería definitivamente superada, que las religiones desaparecerían dejando paso a un humano racional (en un sentido muy restringido de esta palabra), cuyo saber sería el científico, y cuya sociedad se organizaría solamente en base a ese saber. Esta imagen de la religión, de la ciencia, del conocimiento, de la sociedad y en último término del ser humano, se ha mostrado falsa. Falsa en teoría, porque no se ajusta a los fenómenos que pretende explicar, es reduccionista y (sin explicar nada) conduce a consecuencias indeseables. Falsa en la práctica, porque de hecho en nuestro mundo, más científico y técnico que nunca antes en toda la historia de la humanidad, vivimos un auge de lo religioso, incluso una revolución dentro de lo religioso, de las maneras y modos de experimentar lo religioso. Quizá podemos decir que las instituciones religiosas clásicas están de capa caída, pero lo que cada vez parece más claro es que la teoría de la secularización era solamente eso, una teoría (y mala).

Estamos también acostumbrados a las diferentes manifestaciones de los distintos fanatismos de índole religiosa. Ante un mundo que cambia algunos se sienten inseguros, no saben adaptarse a los cambios, temen, se tambalean, ven pronto el desastre y procuran agarrarse a imágenes falsas y absolutistas de la nación, del terruño, de su iglesia o de su dios. Imágenes que llevan a clasificar a los humanos, a separarlos, a marginarlos en virtud del siempre temible “los míos” y “los otros”. Los temerosos guardianes de aquello que “siempre se ha hecho así”, cuando son muy radicales, suelen llegar a pasar por encima del prójimo con tal de salvaguardar su parcela de seguridad. No entendieron que las seguridades del tipo que pretenden conservar suelen ser falsas, además de deshumanizadoras (y esta idea sobre las falsas seguridades habitualmente es enseñanza de las tradiciones religiosas).

¿Qué hacer en un mundo jalonado por tan grandes contrastes? Unos convierten la ciencia en una super-religión, y pretenden de ella que resuelva los problemas todos del género humano, sin consentir la connivencia con otros saberes, con otros modos de enfrentarse a la vida, sin admitir más supuesto o punto de partida que no sea el del estricto ateísmo materialista. Otros absolutizan sus creencias, las elevan al rango de lo indubitable, pretenden imponerlas o las defienden a costa de los demás, negando, por supuesto, que quepa otra actitud en la vida, otro modo de conocer, que no sea el dictado por el imán o el obispo de turno. El término medio entre estos extremos (que afortunadamente son minoritarios y que curiosamente son muy parecidos, aunque de signo opuesto: los extremos se tocan) se encuentra, creo, en el diálogo, el estudio, la reflexión, el reconocimiento y el respeto de las diferencias. En defi-

nitiva, en el ideal de búsqueda común de la verdad. Porque de cualesquiera posturas que se pretendan defender, la verdad es la mejor de las apologéticas. Teniendo en cuenta la importancia del asunto –como bien supo ver Whitehead– no podemos decidir sobre la relación entre la ciencia y la religión a la ligera, sin considerar bien ambas partes, sin hacer un análisis riguroso e interdisciplinar de las cuestiones, sin buscar entre todos. No digo que no se pueda hablar de estos temas en una charla de café (¡vaya si se puede!), pero desde luego no se pueden sentenciar en una charla de café.

Un ejemplo de reflexión y diálogo entre ciencia y religión, riguroso y profundo, es el que tuvo lugar los días 10 y 11 de noviembre en Madrid, en la sede de la Fundación Ramón Areces, donde se celebró el Simposio Internacional *Ciencia y Religión en el siglo XXI: ¿diálogo o confrontación?*, organizado por dicha fundación, la Universidad de Alcalá y *The Faraday Institute for Science and Religion* de Cambridge.

Las maneras en las que uno puede enfrentarse a la cuestión de las relaciones entre las dos grandes fuerzas que moldean nuestro mundo contemporáneo son múltiples. Podemos hacer análisis históricos, con los que se pone de manifiesto que la ciencia surgió impulsada por creencias religiosas y fue justificada en base a esas mismas creencias. Para las tradiciones Islámica y Judeo-Cristiana, Dios ha creado el mundo con orden, inteligencia y bondad, con *lógos*. Esto hace posible que los seres humanos confíen en la inteligibilidad del mundo y que intenten servirse de él para bien, características claras de la ciencia tal y como la conocemos hoy (como explicó en su conferencia John Hedley Brooke, profesor de Ciencia y Religión en la Universidad de Oxford). En el examen histórico de las relaciones entre ciencia y religión aparece siempre el caso Galileo, que algunos invocan como el *quod erat demonstrandum* de la tesis de que la Iglesia Católica ha sido siempre enemiga de las ciencias y su avance. Independientemente de la complejidad del asunto, e independientemente de que en efecto la autoridad eclesiástica de la época ejerciese un abuso del poder que hoy en día denigramos, parece claro que no se puede concluir la tesis de la enemistad entre la Iglesia Católica y la ciencia a partir de este solo acontecimiento (y otros no hay, como intentó defender el profesor Ignacio Sols, profesor de matemáticas en la Universidad Complutense de Madrid). No obstante, del caso Galileo aprendemos que no es bueno que la religión anule la necesaria autonomía de la ciencia.

Pero que la ciencia sea autónoma no significa que no tenga límites. Los tiene, y son al menos de dos tipos: éticos y epistemológicos. Como dijo el profesor Fernando Sols (profesor de física en la Universidad Complutense de Madrid), “la ciencia sin límites éticos es como un coche sin frenos: una máquina de matar”. En efecto, hay un sinfín de límites que la ética pone a la ciencia, en materia de investigación y de aplicación. No podemos, por poner un ejemplo muy evidente, sacrificar seres humanos en aras del descubrimiento científico (al estilo Mengele), ni debemos hacer todo lo que nuestra ciencia nos permite. Hay una gran cantidad de temas, muchas veces engloba-

dos bajo el epígrafe “bioética” que deben ser tratados desde una perspectiva que pueda orientar nuestra práctica científica. Las diferentes tradiciones religiosas, y en concreto el cristianismo, pueden aportar en este necesario diálogo entre científicos, filósofos y creyentes, perspectivas valiosísimas sobre la dignidad humana y los modos más respetuosos de comportarse ante esa dignidad (César Nombela, profesor de microbiología en la Universidad Complutense de Madrid; John Wyatt, profesor emérito de pediatría neonatal en University College of London, en Reino Unido).

Los límites de la ciencia también son epistemológicos. La ciencia es más grande cuando ella misma sabe reconocer sus propios límites. Las aportaciones a las ciencias físicas de Poincaré y Heisenberg, por ejemplo, parecen marcar un cierto límite en nuestro conocimiento de la naturaleza. El genio de grandes matemáticos, como Gödel o Turing, ha mostrado la existencia de proposiciones que, siendo verdaderas, son indemostrables (estoy resumiendo burdamente ideas que son un poco más complejas, pero me remito a la conferencia del profesor Fernando Sols). Además, no todos los modos de conocer son el científico o versiones suyas, ni todas las cuestiones que merecen ser tratadas en la vida pueden tratarse científicamente. Por otra parte, a veces las mismas cuestiones pueden ser consideradas desde perspectivas diferentes. Ante un poema escrito en una hoja, puedo adoptar la perspectiva del químico, que analiza los componentes del papel y la tinta. También puedo examinar el poema gramaticalmente: si está bien o mal construido, si respeta o no las normas al uso de la gramática de la lengua de que se trate. Puedo también apreciar lo que en el texto hay de poético: qué imágenes se utilizan, cuán poderosas, visuales o táctiles son las metáforas. Puedo poner el poema en relación con los sentimientos o los nuevos conocimientos que despierta en mí, como lector. La realidad es la misma: un papel con unas letras. Las perspectivas sobre esa realidad única son diferentes, pero no incompatibles. Creo que nadie diría que la afirmación “el papel contiene celulosa en un 60%” es incompatible, al menos en principio, con esta otra: “el poema es hermoso”. Es como si nos hiciesen elegir entre el sabor de un helado y la belleza de su colorido. ¿Es que no podemos disfrutar de ambas cosas? ¿Acaso la belleza de su colorido no hará, en cierto modo, que podamos disfrutar mejor de su sabor? Pues algo parecido pasa con algunos temas clásicos de la relación entre ciencia y religión: ¿acaso tenemos que elegir entre creación y evolución? (Denis Alexander, profesor y director del Faraday Institute for Science and Religion del St. Edmunds College, Cambridge) ¿Y entre Big Bang y creación? (Marco Bersanelli, profesor de Astronomía y Astrofísica en la Universidad de Milán) Parece claro que no. No tenemos por qué caer en el error de los materialistas (Dawkins, Dennet) ni en el de los que por querer defender la religión atacan a la ciencia, haciendo así flaco favor a ambas, como ocurre con los defensores de la teoría del Diseño Inteligente (son muy interesantes a este respecto las reflexiones de Francisco J. Ayala, profesor de ciencias biológicas en la Universidad de California, Irvine).

No solamente religión y ciencia no son incompatibles, sino que pueden enriquecerse y colaborar de múltiples maneras, que vendrán en parte dictadas por el tema del que se trate en cada caso. Las religiones pueden aportar el acervo de sus valores, por ejemplo, para fomentar una actitud respetuosa hacia el medio ambiente, y en general hacia todas las criaturas. Es ésta, la condición de criaturas, la que les concede un valor en sí mismas, no solamente el que tienen cuando las utilizamos como medio. Por decirlo con terminología bíblica, Dios no sólo creó el jardín del Edén para que el humano mandase sobre él y se sirviese de él, sino también para que lo cuidase, para que continuase en él la tarea de creación que Dios había comenzado.

Ya dijimos también que las religiones pueden orientar la práctica científica ofreciendo un contexto de sentido y valores morales desde el que juzgar las acciones concretas. Muchas veces el interpretar la práctica científica desde una perspectiva religiosa hace que los científicos encuentren un impulso o motor para seguir investigando. No sólo mueven los engranajes de la ciencia la querencia de pingües beneficios, o la búsqueda del reconocimiento social. A veces también los científicos se ven impulsados por nobles ideales éticos, filantrópicos, que en ocasiones hunden su raíz en la creencia religiosa. No solamente ideales éticos, sino también epistemológicos y estéticos: algunos científicos creen que conociendo mejor el orden de la naturaleza participan en cierta medida de la sabiduría con la que Dios creó todas las cosas. La belleza presente en todos los niveles de la materia, desde las estructuras íntimas de la misma hasta las inimaginables extensiones cósmicas, pasando por la mitocondria o la secuoya, es, para muchos científicos, como un reflejo de la belleza del Creador, como el resplandor que sus manos dejan en las cosas al sostenerlas en la existencia.

Por otra parte, la ciencia plantea a la reflexión creyente, a la teología, gran cantidad de datos que deben ser tenidos en consideración. Las ciencias biológicas sobre todo, pero también otras, añaden nuevos conocimientos a lo que antes sabíamos sobre el ser humano. Toda reflexión antropológica de índole creyente posee también una dimensión teológica, y viceversa, toda teología tiene sus implicaciones antropológicas. ¿Cómo hemos de comprender la semejanza entre algunos procesos inteligentes en humanos con los que ocurren en las máquinas? ¿Puede existir una inteligencia artificial en el mismo sentido en el que decimos que hay una inteligencia humana? (Fernando de Arriaga) Los nuevos conocimientos sobre el cerebro, ¿llegarán a darnos las claves de la moralidad humana? ¿Podrán despejar o aclarar nociones clásicas como la de alma, conciencia, libre albedrío? ¿Demostrarán que existen, que no existen? (José Manuel Giménez-Amaya). ¿Qué ocurrirá con la cristología si descubrimos vida inteligente semejante a la humana en otros planetas? ¿No parece que Dios ha sancionado positivamente al *Homo sapiens* con la encarnación? (Jennifer Wiseman).

Muchas veces se habla de las revoluciones de Copérnico, Darwin y Freud como aquellas que han derrumbado la imagen creyente del ser humano

endiosado y altivo. Y se utiliza, una vez más, esta idea como justificación para enfrentar ciencia y religión y convertir esta última en obsoleta. No digo que tales revoluciones no hayan sido relevantes para el pensamiento humano, pero las tradiciones religiosas, al menos la cristiana, que es la que más conozco, nunca necesitó lecciones de nadie para conocer la pequeñez del ser humano. La Biblia está llena de textos que hacen referencia a esta condición humilde del humano (la propia etimología de la palabra contiene este origen humilde, hecho de barro): insignificante al lado de los cielos, más fugaz que la yerba, que por la mañana está verde y por la tarde se seca. Pero al lado de esa pequeñez, la tradición cristiana ha sabido ver también algo que había de grande en los seres humanos: su conocimiento, su conciencia, su libertad, su bondad.

Los científicos a los que escuché en la Fundación Ramón Areces sabían de este doble carácter del ser humano: barro y a la vez luz. Como dice el salmo 8, “cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que has creado: ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él; el ser humano, para darle poder? Lo hiciste poco inferior a los ángeles, lo coronaste de gloria y dignidad”. Como dijo Pascal, el hombre es una caña, la más débil de todas, pero una caña que piensa. Y podemos añadir, que puede asombrarse, admirarse. Nuestras explicaciones científicas no tienen por qué terminar con la desaparición del asombro. Antes bien, lo ensanchan, lo nutren y mantienen. Porque cuanto más sabemos de las cosas más sabemos también que crece lo desconocido: cuanto más sabemos más nos damos cuenta de lo que ignoramos. El asombro no sólo se mantiene ante lo ignoto. Es asombro el de quien ignora, pero también el de quien conoce. También cabe el asombro ante lo conocido: cuanto mejor conocemos algo, más podemos apreciar su belleza, el orden que parece existir en las cosas. El asombro es la actitud epistemológica que exige la maravilla para ser apreciada. El asombro puede convertirse en reflexión, en poesía, en música, en filosofía, en ciencia: es el gran motor de las grandes empresas humanas. Ese asombro, por qué no, puede llevar a un desarrollo del sentido religioso. Conocer, entonces, se convierte también en contemplación. Sin ese asombro, sin esa contemplación, nos estamos perdiendo gran parte de lo que en la vida merece la pena.

Naturalmente, no pretendo despachar aquí asuntos tan complejos. El simposio celebrado en la Fundación Ramón Areces es una contribución modesta pero significativa a estas cuestiones. Es de justicia agradecerse a los organizadores. No obstante, hay que seguir dialogando, estudiando, actuando. ¡Hay que seguir asombrándose!